

dos cuestiones que sin duda responden a esas observaciones que quiere hacer notar W.W. Bartley III acerca del prototipo creado en torno a Wittgenstein. Malcolm dice que Wittgenstein:

El viernes 27 de abril salió a pasear después del mediodía. Esa noche se sintió muy mal. Permaneció consciente y cuando el médico le informó que sólo podría vivir unos pocos días, exclamó: «¡Bien!». Antes de perder la conciencia le dijo a la señora Bevan (que pasó toda la noche a su lado): «¡Dígales que he tenido una vida maravillosa!» Con el «les» se refería indudablemente a sus amigos íntimos. Cuando pienso en su profundo pesimismo, en la intensidad de sus sufrimientos mentales y morales, la implacable manera de conducir su intelecto, su necesidad de amor junto con la dureza con que repelía el amor, me inclino a pensar que su vida fue duramente desgraciada. ¡Sin embargo al final él mismo exclamó que había sido «maravillosa»! A mí me pareció una exclamación conmovedora y misteriosa¹⁰

Con todo, dejando así expuesto este asunto, observamos que el emblema humano que ciñe la vida de Wittgenstein resulta peculiar por otra cuestión. A mi modo de ver todo radica en esa «mística laica» cuyo contenido —impidiendo hablar de «creencia» y de «fe» sin más— parece que nunca se despiende de la religión. En resumidas cuentas es quizás esta combinación la particularidad biográfica que siembra confusión y atracción para muchos.

A partir de aquí el razonable criterio de Drury cuando pregunta si no habrá «dimensiones» en el pensamiento de Wittgenstein que «aún son ampliamente ignoradas»¹¹, una vez que el propio Wittgenstein dice que él «no es un hombre religioso, pero no puede evitar contemplar cada problema desde un punto de vista religioso»¹².

¿Cómo aproximarnos entonces con cierta claridad a esa «mística laica» tan sugerente? Intentando averiguar qué se evoca de religiosidad en estos dos títulos, en el de Rhee y en el de Malcolm. Pero haciendo notar que decimos evocación de «religiosidad» y no evocación de «religión», intentando señalar con ello naturalezas distintas entre una y otra cosa.

Sobre religión en la filosofía de Wittgenstein —cuestión que aquí de entrada no tocamos— podemos informarnos con cierta exactitud gracias a documentos, criterios y opiniones en comentarios y textos de Wittgenstein y de otros¹³. Comprendemos además la influencia de Tolstoi y la obra de William James titulada *Las variedades de la experiencia religiosa* en años decisivos de la vida de Wittgenstein. Pero no redundamos en ello pues según nuestro juicio sería detenernos en la «religión» en él.

Por esto, en cambio, sobre «religiosidad», dentro de nuestros propósitos, no nos queda otra cosa que indagar brevemente aspectos de su vida y ver qué se sugiere en ella de «creencia» y de «fe», tratando de mirar con atención cuál es la fuente primordial de esta convicción de Wittgenstein.

Reconocemos de antemano que esta indagación se facilita gracias a ese talante espiritual especial que baña su vida, quizá pocas veces explícitamente examinado, aunque sí formalmente reconocido por muchos. Pero tal vez aceptada con mucha más confusión que con verdadera claridad analítica. Y es probable que en esto contribuyan algunos que «no sólo afirman que son discípulos de Wittgenstein, sino que hacen el tipo de cosas que él hacía aunque raramente puedan decir qué es lo que él *hacía*»¹⁵.

V

En la compilación de Rhee lo más destacado para nuestro propósito es expresado gracias a esas «conversaciones con Drury» donde hay diálogos fragmentados de éste con Wittgenstein en torno a literatura teológica, bíblica y religiosa. Se habla aquí de San Agustín, Dostoievski, Kierkegaard, Tolstoi, Tomás de Kempis. Pero tal vez el criterio más relevante ya lo hemos apuntado arriba: Wittgenstein dice que no es un hombre religioso, pero no «puede evitar contemplar cada problema desde un punto de vista religioso».

Sin embargo resulta llamativo hacer notar ahora una cuestión que puede permitir aproximarnos a esa «mística laica» que define tantas cosas en la vida de Wittgenstein. Este dice a Drury que si se ha de tener fe (es decir, vida religiosa) la «cuestión no es hablar mucho sobre religión, sino que nuestra manera de vida sea diferente»¹⁵.

¹⁰ Norman Malcolm. *op. cit.* p. 98.

¹¹ Rush Rhee. *op. cit.* p. 145.

¹² *Ibidem.*

¹³ Véase la abundante bibliografía en D. Trapani, R.M. Ravera y otros. Wittgenstein. Decir y mostrar. Argentina. 1989. p. 169-70. También en Javier Sádaba. Lecciones de filosofía de la religión., Mondadori. Madrid. 1989. También, Hans Küng. ¿Existe Dios? Cristiandad de Madrid. 1979. pp. 682-690.

¹⁴ William Warren III. *op. cit.* nota 59. p. 224.

¹⁵ Rush Rhee. *op. cit.* 193.

Aparece aquí un criterio práctico, propio de una determinada espiritualidad, que sin duda debe ser sumada a otro antecedente wittgensteiniano en torno a este asunto. ¿Cuál? Aquél que menciona con cierta cautela Malcolm, explayando en su obra citada ciertas cosas narrativas alrededor de Wittgenstein que nos remontan a su juventud. Creemos que éste es un aspecto que se tematiza después en la *Conferencia sobre ética* de 1929, pero en realidad es algo que toca el corazón y la mente del filósofo de un modo integral. Es una cuestión por lo demás advertida por Wilhelm Baum cuando señala que «la raíz más profunda de la religiosidad de Wittgenstein era una experiencia mística, no una evidencia intelectual»¹⁶. ¿De qué se trata?

Malcolm nos cuenta que Wittgenstein, en 1910, a la edad de 21 años, quedó profundamente impactado al asistir a una obra de teatro en Viena donde uno de los protagonistas «expresaba la idea de que cualquier cosa que ocurriese en el mundo, nada malo podría pasarle a él: él era independiente del destino y de las circunstancias»¹⁷.

Examinando con mayor exactitud este asunto, Baum cuenta que esta representación teatral titulada *Die Kreuzelchreiber* del dramaturgo Ludwig Anzengruber, efectivamente impactó a Wittgenstein. Sobre todo por aquellas expresiones de ese protagonista que confiesa un «cobijo» total ante las vicisitudes del destino al proclamar en un momento de la obra: «Tú formas parte del todo, y el todo forma parte de ti. ¡No puede ocurrirte nada!»¹⁸.

William Warren Bartley III también añade contribuciones sobre este asunto. Estima que lo decisivo para Wittgenstein fue escuchar en esa obra, al comienzo del acto tercero, las siguientes palabras de ese personaje: «Aunque estés seis pies bajo tierra, tapado por la hierba, y aunque hayas de padecer lo mismo de nuevo, muchos miles de veces, nada te puede suceder. Tú perteneces a todo esto y todo esto te pertenece a ti. Nada te puede suceder. Y esto era tan maravilloso que yo grité a todos los demás que estaban alrededor: nada te puede suceder... Estate pues, alegre, alegre. Nada te puede suceder»¹⁹.

La impresión de todo esto es algo tan destacado para los pensamientos de Wittgenstein en ese momento de su vida que Malcolm, Baum y Bartley III reconocen que esta experiencia decide el rumbo futuro y el contenido de su existencia, desfondando paradigmas y criterios úl-

timos de su modo de ser y pensar. Incluso algunos hablan aquí de un «converso»²⁰ y de un «renacido»²¹ a raíz del tremendo empuje que provoca esta «fe sin palabras» en su vida, propia del carácter inefable derivado de esa experiencia wittgensteiniana. Asunto en cierto modo nada importante si tenemos en cuenta que este hecho fundante confirmaría luego las primeras consecuencias de cierta «teología negativa» existente en Wittgenstein, cuando alrededor de 1930 dice a Drury, como hemos apuntado: «La cuestión no es hablar mucho sobre religión, sino que nuestra manera de vida sea diferente»²². Todo ello es especialmente ilustrativo si además tenemos en cuenta en Wittgenstein la densidad de sus reflexiones en torno al sentido de la vida escritas en el *Diario Filosófico. 1914-1916*, en sus *Diarios Secretos*, y de su entrega total a los niños como maestro de escuela durante seis años (1920-1926).

¿Qué añadir entonces para comenzar todo esto? A partir de esa experiencia reveladora de Wittgenstein parece que todo se decide gracias a una «forma de vida» interpelada por la presencia de un sentido supremo (el destino, la certeza rotunda del yo integrado al mundo, lo realmente existente, etc.) que resulta profundamente envolvente en uno. Pues la confianza absoluta puesta en aquél libera de tal forma que «ocurra lo que ocurriere» esto siempre será observado como un fruto de ese sentido, desplegado como «protector» de todo, pues en realidad todo pertenece a él.

Para ilustrar mejor aún esta cuestión, relatamos un acontecimiento de E. Ionesco cuyo contenido es similar al paradigma espiritual de la experiencia vivida por Wittgenstein. Ionesco expresa:

En realidad no consigo decir lo que quiero. He llegado a tener momentos de certidumbre. Llegué a vivir una experiencia al respecto. Tenía diez y siete años, y me paseaba un día por una ciudad de provincia, en el mes de junio, en la mañana. De pronto el mundo me pareció transfigurado de manera tal que me senti

¹⁶ Wilhelm Baum. *op. cit.* p. 56.

¹⁷ Norman Malcolm. *op. cit.* p. 73.

¹⁸ Wilhelm Baum. *op. cit.* p. 56.

¹⁹ William Warren Bartley III. *op. cit.* p. 221.

²⁰ Juan Alfaro. «Ludwig Wittgenstein ante la cuestión del sentido de la vida». *Gregorianum* 67.4 (1986) p. 737.

²¹ Wilhelm Baum. *op. cit.* p. 196.

²² Rush Rhees. *op. cit.* p. 193. También véase: Norman Malcolm. *op. cit.* p. 75.

llorado por una alegría desbordante y me dije: «ahora pase lo que pase, sé». Siempre me acordaré de dicho instante. Así, pues, nunca más me sentiré completamente desesperado. No puedo contarle lo que fue aquello, porque verdaderamente no se puede contar. Hubo como un cambio en el aspecto mismo de la ciudad, de la gente, del mundo. Me parecía que el cielo estaba más cerca. Tan sólo puedo hablar de intensidad, densidad, presencia, luz. Se puede definir más o menos con estas palabras. Pero no hay definición posible. En todo caso yo me decía en aquel momento que estaba seguro. Si me hubieran preguntado: ¿Seguro de qué? no hubiera sabido decirlo. Me llenaba una certidumbre y me dije que nunca más me sentiría desdichado, que en los peores momentos me acordaría de dicho instante²³.

Así, pues, ese suceso teatral adquiere una impresión tan singular en la vida de Wittgenstein que para él resulta difícil expresarla sin más gracias al propio yo-que-piensa. Pues en ese sujeto del drama se presenta la existencia de un paradigma que sostiene toda su vida, intuitivo como algo precioso. Todo ello parece que tiene que ver con una especie de instalación invulnerable en lo real repercutiendo con enorme aplomo en Wittgenstein.

Sin embargo advertimos que esto así percibido no basta, pues de este modo este asunto podría quedar reducido a un estado, ciertamente profundo, pero teñido aún de elementos psicológicos. Por esto, a mi modo de ver, se expresan ahí en Wittgenstein contenidos distintos que no residen en las puras emociones de la experiencia vivida. Si se nos permite una imagen: parece que ese sentido supremo resulta tan «aplastante», tal como oye las cosas Wittgenstein (y como proclama el suceso Ionesco) que sólo la felicidad puede soportarlo, precisamente porque es lo más precioso que pueda asumirse. Según el *Diario Filosófico. 1914-1916* sabemos en qué consiste la existencia feliz para Wittgenstein: «Para vivir feliz tengo que estar en concordancia con el mundo. Y a esto se llama ser feliz» (8-7-1916). Y también añade: «Se satisface la finalidad de la existencia quien no necesita de finalidad alguna fuera de la vida misma» (6-7-1916).

Pero además es el propio concepto del tiempo el que queda sometido a juicio por esta experiencia wittgensteiniana. El 8-7-1916 escribe: «Sólo quien vive en el tiempo, haciéndolo en el presente, es feliz»²⁴.

En realidad sin la presencia de criterios relativos a la felicidad en todo esto es inútil distinguir en la vida el porqué de la peculiaridad de esta experiencia de Wittgenstein, caracterizada por aceptar todo lo «que hay». Y esta cuestión es tan decisiva que si vacilan en ese sujeto —a raíz de la muerte o la angustia— aquellas con-

vicciones propias de ese sentido que «aseguran» de un modo total la existencia dando un «cobijo» absoluto, se tambalean también la alegría y la paz. Nunca mejor expresado esto por Wittgenstein cuando a medida que vive en el frente de guerra redacta en sus escritos las siguientes afirmaciones: «Mi vida está constantemente en peligro. Gracias a Dios la noche transcurrió bien. Por momentos me siento desesperado. Esto se debe a una visión equivocada de la vida...»²⁵.

En su *Diario Filosófico. 1914-1916* señala una cuestión mucho más exacta aún, recogiendo estas inquietudes: «El temor a la muerte es el mejor signo de una vida falsa, es decir, mala» (8-7-1916).

VI

¿En qué medida se formula en la *Conferencia de ética* 19 años después en Cambridge, ese problema original que interpela la vida de Wittgenstein? En las palabras que Wittgenstein dirige a su auditorio comunicando con dos ejemplos en qué consiste para él la experiencia de un valor absoluto:

Creo que la mejor forma de describirla es decir que cuando la tengo *me asombro ante la existencia del mundo*. Me siento entonces inclinado a usar frases tales como «Qué extraordinario que el mundo exista». Mencionaré a continuación otra experiencia que conozco y que a alguno de ustedes le resultará familiar: se trata de lo que podríamos llamar la vivencia del sentirse *absolutamente* seguro. Me refiero a aquel estado anímico en el que nos sentimos inclinados a decir: «Estoy seguro, pase lo que pase, nada puede dañarme»²⁶.

²³ Ch. Cabanis. ¿Existe Dios?. Argentina. Hachette. 1976. p. 284-5. Citado por: Juan Martín Velasco y otros. La experiencia de Dios. Fundación Santa María. Cátedra de teología contemporánea. Madrid. 1985. pp. 40-41.

²⁴ Todas las citas del *Diario filosófico 1914-1916* se refieren a la traducción de Jacobo Muñoz e Isidro Reguera. Editorial Ariel. Barcelona. 1983.

²⁵ Esta cita, que cogemos de la compilación de Rhees, pertenece a los *Diarios Secretos*, pero Rhees no lo menciona (Véase p. 304). Es una cuestión que aclara y explica W. Baum: véase «Introducción a los *Diarios Secretos* de Ludwig Wittgenstein por W. Baum». *Revista saber* 5 (1985) Barcelona, pp. 24-31. La traducción de Baum difiere de la que leemos en la compilación de Rhees, pero observamos que esencialmente se quiere decir lo mismo, Véase: *Saber* (1985) 6.p.5 (6 de mayo de 1916).

²⁶ Ludwig Wittgenstein. Conferencia sobre ética. *Introducción de Manuel Cruz*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1989 pp. 38-39.

A la luz de estas palabras se hace más clara la experiencia juvenil de Wittgenstein. Incluso con estos dos ejemplos se retoma casi de una forma literal lo dicho por el personaje del dramaturgo Anzengruber: «Nada te puede suceder, tú perteneces a todo esto y todo esto te pertenece a ti. Nada te puede suceder...Estate pues, alegre, alegre, nada te puede suceder».

Pero además son palabras que ahora, dentro de una cuestión indecible, facilitan comprender por qué su existencia expresa sentimientos invulnerables ante las circunstancias del destino. Mencionando el «asombro» y la «seguridad» en relación con el mundo —factores propios de un binomio con el que se indica una cuestión límite— queda patente también porqué el criterio de Wittgenstein sobre su propio existir adquiere un aspecto que resulta «indestructible».

La presencia de factores místicos en la figura de Wittgenstein teje y articula cosas fundamentales en su vida. Cómo y porqué se produce esta cuestión resulta en cambio difícil de precisar. Sabemos que anida gracias a un suceso concreto acaecido en la juventud de Wittgenstein, pero de qué forma funciona el efecto de esa cuestión en la transformación integral de la existencia es algo que según sus criterios siempre permanecerá indescifrable pues según su parecer no hay nada que descifrar. Es un asunto que el propio Wittgenstein apunta el 7-7-1916 en su *Diario Filosófico 1914-1916* trasladando estas palabras al *Tractatus* (Proposición 6.521):

La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema. (¿No es esta la razón por la que personas que

tras largas dudas llegaron a ver claro el sentido de la vida, no pudiendo decir, entonces, en qué consistía tal sentido?)»

Mario Boero

Bibliografía

- ZEMACH, EDDY: *La filosofía de la música en Wittgenstein*. en D. Trapani y otros. *Wittgenstein. Decir y mostrar*. Argentina. 1989. pp. 91-114.
- VILLORO, LUIS: *Lo indecible en el «Tractatus»*. «Crítica» (México) 19. 1975, pp. 5-35.
- TORNOS, ANDRÉS: *La filosofía del cristianismo y de la religión en Wittgenstein*. «Pensamiento» (Madrid) 181. 1990. pp. 23-47.
- . *Experiencia, lógica y lenguaje en las filosofías de la religión. Dos lecturas de Wittgenstein*. «Misceláneas Comillas» (Madrid) 47. 1989. pp. 391-413.
- TODD, OLIVER: (Entrevista) *Wittgenstein según Alfred Ayer*. «El Urogallo». (Madrid). 13. 1987. pp. 70-75.
- HAUBST, RUDOLF: *Sobre la función y la significación de la «teología negativa» en la tradición cristiana y las religiones orientales*. «Communio». (Madrid). Sept-Oct. 1988. pp. 430-445.
- ESCUADERO, ALEJANDRO: *Wittgenstein o el silencio de la filosofía*. «Turia» (Teruel) 15. 1990. pp. 109-24.
- BOERO, MARIO: *Una indagación teológica en la vida y pensamiento de Wittgenstein*. «Estudios Franciscanos» (Barcelona) 91. 1990. pp. 157-176.

